

# Más allá del Thermidor: el marxismo contra la contrarrevolución burocrática

10 de noviembre de 2025



Por Sankha Subhra Biswas

Publicado originalmente en:  
<https://altviewpoint.in/beyond-thermidor-marxism-against-the-stalinist-counter-revolution/>

La caída del estalinismo no significó la desaparición del comunismo. Equiparar ambos es malinterpretar la historia y capitular ideológicamente a una narrativa neoliberal que busca suprimir el potencial revolucionario del comunismo bajo el peso del caos burocrático. De hecho, el discurso imperante de la contrarreforma neoliberal no solo busca naturalizar el capitalismo como el punto final de la historia, sino también reinterpretar retrospectivamente la historia del comunismo como una trayectoria lineal que culmina en el totalitarismo. En este relato distorsionado, Marx conduce a Lenin, Lenin a Stalin, y Stalin a los gulags, purgas y represión generalizada. Sin embargo, esta narrativa es menos un reflejo de la realidad histórica que un potente mito ideológico, que confunde el fracaso del despotismo burocrático con el fracaso de un proyecto revolucionario que aún no ha realizado su potencial emancipador.

Para comprender el régimen estalinista como una distorsión

burocrática del comunismo, uno debe partir de la premisa de que la teoría revolucionaria debe interpretarse en el contexto de la época que busca transformar. El marxismo, al igual que cualquier teoría social dinámica, no es un guión fijo sino un marco crítico, abierto a la revisión, la contestación y la evolución. Como el propio Karl Marx afirmó: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, dadas y transmitidas del pasado» (El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte). Esta perspectiva materialista de la historia exige que situemos el estalinismo no dentro del marxismo, sino en las crisis históricas que enfrentó la temprana sociedad soviética.

El contexto histórico de la temprana Rusia soviética –una sociedad devastada por la guerra, el aislamiento internacional, el atraso económico y los conflictos civiles internos– moldeó las opciones políticas y las limitaciones que enfrentó la dirección revolucionaria. Sin embargo, estas limitaciones materiales por sí solas no explican completamente el ascenso del estalinismo. Lo que surgió en la URSS durante la década de 1930 no fue un resultado inevitable del marxismo o el leninismo, sino un proceso contrarrevolucionario arraigado en la formación de una casta burocrática que finalmente socavó los objetivos revolucionarios que profesaba defender.

La noción misma de una contrarrevolución burocrática introduce una distinción esencial entre la revolución y su degeneración. Como Joseph de Maistre observó perspicazmente en el contexto del Termidor francés, una contrarrevolución no es simplemente una revolución a la inversa, es la negación de la revolución. Este concepto es útil para analizar el estalinismo, que no solo traicionó ciertos valores de la Revolución Rusa, sino que revirtió sistemáticamente su contenido emancipador. Mientras la revolución buscaba dismantelar el aparato de dominación de

clase y establecer el autogobierno de los trabajadores, el régimen stalinista consolidó un nuevo estrato gobernante: una élite administrativa que ejerció el poder estatal sobre la clase trabajadora en nombre del socialismo.

El análisis de León Trotsky sigue siendo fundamental para comprender este contexto. Identificó la muerte de Lenin en 1924 como el inicio de la reacción termidoriana, aunque observó que la contrarrevolución no se realizó plenamente hasta principios de los años 30. Esta era fue testigo de una transformación significativa del estado soviético: el surgimiento de Stalin como un autócrata inquebrantable, el desmantelamiento de la democracia interna del partido y la implementación de una represión sin precedentes durante la Gran Purga. “La burocracia conquistó algo más que la Oposición de Izquierda. Conquistó el partido bolchevique. Derrotó el programa de Lenin, quien había visto el principal peligro en la conversión de los órganos del estado ‘de servidores de la sociedad a señores sobre la sociedad’. Derrotó a todos estos enemigos, a la Oposición, al partido y a Lenin, no con ideas y argumentos, sino con su propio peso social. La pesada burocracia superó a la cabeza de la revolución. Ese es el secreto del Termidor soviético”, observó Trotsky en *La Revolución Traicionada*, y añadió: “La burocracia depuesta y abusada, de ser una servidora de la sociedad, se ha convertido de nuevo en su señora”.

La investigación empírica de Moshe Lewin en *Rusia/URSS/Rusia: The Drive and Drift of a Superstate* profundiza en la expansión burocrática del aparato soviético durante este período. El desarrollo de una vasta estructura administrativa, poblada por funcionarios leales y aislados de la rendición de cuentas popular, significó una desviación significativa de los objetivos revolucionarios originales. La clase trabajadora, que ostensiblemente era la clase dominante en un estado socialista, fue privada de poder político, y los Soviets –los consejos que alguna vez encarnaron la democracia obrera– se

transformaron en instrumentos de control centralizado.

Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo*, ofrece otra perspectiva importante. Según Arendt, los regímenes totalitarios como el de Stalin no surgen meramente de la ideología, sino de una fusión específica de maquinaria estatal, atomización masiva y dominación burocrática. Contextualiza el ascenso del estalinismo a principios de la década de 1930 identificando un cambio de un régimen represivo a uno basado en la movilización sistemática y la aniquilación de la vida política autónoma. Las ideas de Arendt resaltan que el totalitarismo estalinista fue algo nuevo y diferente; no surgió naturalmente de las creencias marxistas, sino que fue un tipo de gobierno impactante que surgió debido a eventos históricos específicos y problemas en el sistema.

Rosa Luxemburgo ya había advertido de los peligros del centralismo burocrático: “La libertad solo para los partidarios del gobierno, solo para los miembros de un partido –por numerosos que sean– no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente la libertad para quien piensa diferente. No por un concepto fanático de ‘justicia’, sino porque todo lo que es instructivo, sano y purificador en la libertad política depende de esta característica esencial, y su eficacia se desvanece cuando la ‘libertad’ se convierte en un privilegio especial”. Su crítica no era un abandono del socialismo, sino una defensa de su espíritu democrático contra el autoritarismo rampante.

Tratar el régimen estalinista como sinónimo de comunismo es obliterar estos matices. Borra los vibrantes debates, las luchas ideológicas y las alternativas revolucionarias que existieron dentro del movimiento socialista. Ahoga el recuerdo de individuos como Trotsky, Bujarin, Luxemburgo y numerosos militantes comunes que se opusieron al cambio burocrático. Además, estrecha el horizonte de la imaginación política, como si la única opción que enfrenta la humanidad fuera entre el capitalismo de mercado y el socialismo autoritario.

Las consecuencias de este cierre ideológico son profundas. La contrarrevolución estalinista no solo deformó el socialismo en la Unión Soviética; también corrompió el movimiento obrero internacional. Los intereses de política exterior de la URSS subordinaron a los partidos comunistas de todo el mundo, a menudo a expensas de los potenciales revolucionarios locales. Desde las traiciones en España y Alemania hasta la supresión de la disidencia en Europa del Este, la sombra del stalinismo distorsionó la imagen global del comunismo y lo hizo sinónimo de opresión en lugar de liberación.

Sin embargo, a pesar de este oscuro legado, el comunismo sigue siendo una tradición viva. Sus principios fundamentales –igualdad, propiedad colectiva y abolición de la sociedad de clases– continúan inspirando a nuevas generaciones que enfrentan la crisis del capitalismo. Como escribió Georg Lukács, “la esencia de la historia reside en la dialéctica de la libertad”. La tarea no es abandonar el comunismo, sino rescatarlo de las ruinas del stalinismo.

Las reflexiones de Antonio Gramsci desde prisión enfatizaron la necesidad de que el marxismo crítico permaneciera adaptable y autorreflexivo: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas morbosos”. El stalinismo, desde esta perspectiva, es uno de esos síntomas, no el cumplimiento del marxismo, sino su deformación en un momento de bloqueo histórico.

Reivindicar el comunismo implica un compromiso crítico con su historia, aprendiendo de sus fracasos y resistiendo las dicotomías simplistas. Afirma que la visión de una sociedad sin clases y sin estado –aunque pospuesta– sigue siendo la respuesta más coherente a las contradicciones inherentes a la modernidad capitalista. Eric Hobsbawm enfatizó que comprender el siglo XX requiere tener en cuenta la Revolución Rusa y sus consecuencias. De igual manera, el siglo XXI no puede concebirse sin repensar y revitalizar las aspiraciones

revolucionarias que inspiraron ese evento crucial.

El futuro del comunismo no radica en la recuperación nostálgica de regímenes pasados, sino en la reinvención creativa de su contenido emancipador. Esto significa fundamentar la teoría en la práctica, anclando los ideales en la autoorganización democrática y manteniéndose vigilante ante el peligro siempre presente de la burocratización. El espectro del stalinismo no debe paralizarnos; más bien, debe agudizar nuestra determinación de construir un socialismo que sea genuinamente democrático, participativo y centrado en el ser humano.

Como dijo Ernest Mandel: «El socialismo será democrático, o no será en absoluto». Un comunismo reimaginado debe rechazar el autoritarismo burocrático del pasado y abrazar los principios de empoderamiento popular, transparencia y pluralismo. En este sentido, el comunismo no es meramente una reliquia del pasado, sino un proyecto para el futuro. No se limita a los fracasos del siglo XX; más bien, está abierto a las posibilidades de un nuevo siglo moldeado por la lucha colectiva y la esperanza radical. Las distorsiones burocráticas del stalinismo deben ser consideradas una advertencia, no un veredicto definitivo. El horizonte de la emancipación humana permanece abierto, y el comunismo, cuando se entiende y se reimagina correctamente, sigue siendo su brújula más convincente.

Sin embargo, sería demasiado simplista culpar a Stalin, como individuo, por el ascenso de la burocracia. Él representó las tendencias burocráticas pequeñoburguesas inherentes al sistema. A continuación, se presenta un enfoque para comprender críticamente los fundamentos sociales y políticos de la burocracia termidoriana que tomó el poder en la URSS después de Lenin.

## **1. La base social del poder burocrático**

La guerra, la hambruna y las enfermedades devastaron al proletariado, la supuesta clase dominante del nuevo estado soviético. Estas no fueron meramente calamidades externas, sino las rudas condiciones bajo las cuales germinó la casta burocrática. La promesa del gobierno obrero había sido sofocada por la salvajada de la Guerra Civil, el horror de la intervención extranjera y el agotamiento del proletariado. Los órganos una vez vibrantes del gobierno proletario, los Soviets, se encontraron sin vida. Los órganos administrativos proliferaron, manejados no por trabajadores, sino por funcionarios que juraron lealtad al nuevo orden.

Lenin afirmó que el socialismo debía ser controlado por la propia clase trabajadora. Pero en cambio, surgió un grupo de gerentes, una nueva élite privilegiada. Trotsky, en *La Revolución Traicionada*, expuso cómo la burocracia emergió como una clase interesada únicamente en su propio poder. Hablaban de la revolución, pero solo para oscurecer su verdadero significado. Se apoderaron del panorama político destinado a los trabajadores y campesinos y lo convirtieron en un club cerrado que reclamaba el poder para sí mismo.

La transformación del estado soviético en una dictadura burocrática y no en un estado obrero no ocurrió de la noche a la mañana. No fue inevitable debido a la historia. Ocurrió porque hubo un fracaso de la democracia obrera. Los burócratas rápidamente llenaron el vacío y establecieron su monopolio, colocándose por encima de las personas a las que se suponía que debían servir.

La perspectiva de Trotsky sigue siendo válida: la burocracia, en lugar de estar al servicio de la clase trabajadora, se convirtió en su enemiga. La facción burocrática que tomó el control desafió la promesa del estado soviético de ser de, por y para los trabajadores. Prometieron la revolución, pero en la práctica construyeron una nueva forma de opresión. El estado no estaba desapareciendo, como Marx había esperado; estaba creciendo de maneras que restringían las posibilidades

democráticas de la revolución.

### ▪ **Aislamiento y la traición del internacionalismo**

La revolución en Rusia nunca fue concebida como una empresa solitaria. El marxismo es fundamentalmente internacionalista. Lenin y Trotsky dependían de las revoluciones en Alemania, Hungría y otros lugares para ayudar y facilitar a la República Soviética en apuros. Pero esas revoluciones fracasaron, debido a la traición socialdemócrata y al terror fascista. Los fracasos de la Revolución Alemana en 1918 y la República Soviética Húngara en 1919 dejaron a la Unión Soviética aislada en un mundo capitalista hostil. Todo lo que quedó fue un estado obrero aislado y cercado. Y de ese aislamiento surgió el veneno.

En lugar de movilizarse para la lucha internacional, Stalin enarboló la bandera del “socialismo en un solo país” –una perversión nacionalista del marxismo, si tal cosa existía. No era una doctrina de poder sino de capitulación. Capitulación al atraso, a la burocracia, al estado-nación. Trotsky se enfureció contra esta traición. El socialismo no es una ciudadela a defender; es un fuego a avivar. Stalin sofocó ese fuego en aras de las intrigas diplomáticas y la política de pasillos. La revolución internacional dejó de ser el objetivo, convirtiéndose en un peligro para la estabilidad soviética. La burocracia consideraba las revoluciones extranjeras no como compañeros de armas, sino como posibles cargas.

El ideal de Stalin del “socialismo en un solo país” entraba en conflicto con el principio central del marxismo, de que el socialismo solo sería posible si la revolución se extendía a otras naciones. Esta decisión dañó el futuro de la Unión Soviética y aniquiló los movimientos obreros en todo el mundo. El gobierno de Stalin dejó de ser un instrumento para ayudar a los trabajadores y se convirtió en uno para preservar la autoridad en el estado soviético, desacreditando la lucha

mundial por el cambio.

### **3. La guerra civil y la represión permanente**

La dura guerra civil dominó las primeras décadas de la Unión Soviética. Los bolcheviques no solo combatían a los Guardias Blancos, sino también a muchos enemigos internos: diferentes grupos socialistas, anarquistas e incluso grupos dentro de sus propias filas. En esta brutal lucha por la supervivencia, los bolcheviques reprimieron a otros grupos socialistas, como los Socialistas Revolucionarios de Izquierda, los mencheviques, los anarquistas e incluso a algunos bolcheviques amotinados. Lenin, Trotsky y otros pensaron que estas acciones eran excepciones temporales necesarias para mantener viva la revolución. Pero como señala Daniel Bensaïd, estas “excepciones” rápidamente se convirtieron en la regla.

La represión no cesó con el triunfo, sino que se convirtió en el nuevo estándar. La opresión de los opositores políticos, las limitaciones a los derechos civiles y la supresión de la disidencia se convirtieron en los pilares de la existencia soviética. Los Sóviets, que antes encarnaban la democracia obrera, se redujeron a meros sellos de goma para los dictados de los líderes. El partido se convirtió en la única voz política, e incluso dentro de él, la disidencia fue sofocada. La profecía de Luxemburgo se cernía ominosamente: en ausencia de libertad y diversidad de pensamiento, las organizaciones socialistas comenzaron a deteriorarse internamente. La desaparición de la diversidad política puso fin a la democracia obrera.

Stalin formalizó la transición cultural hacia la centralización y la disciplina militar, que fue crucial durante la era de la guerra civil. La burocracia floreció en un ambiente de sospecha y autoritarismo donde desviarse de la línea del partido se consideraba contrarrevolucionario. La expansión de la burocracia, inicialmente presentada como una

emergencia, pronto se convirtió en el estándar de la gobernanza soviética.

### ▪ **La vanguardia se vuelve sustitución**

Trotsky había creído que el partido debía ser la dirección de la clase. Pero el liderazgo solo puede ser legítimo si se deriva de la clase y responde a ella. Cuando el liderazgo ignora a la clase, asume el papel por sí mismo. Esto es lo que sucedió con el Partido Bolchevique bajo Stalin: se desconectó de la clase trabajadora y, en lugar de trabajar para satisfacer las necesidades de los trabajadores, comenzó a trabajar en su lugar, hablando por ellos.

Bensaïd describió este cambio concisamente: el partido ya no era el puente entre la clase y el estado. Se convirtió en el estado. La burocracia entonces tomó el control del partido. La sustitución fue reemplazada por la toma. La clase ya no era la fuerza en la historia; se convirtió en algo para ser manipulado. Fue un desarrollo trágico. El partido revolucionario, en lugar de ser la voz de los oprimidos, se convirtió en un instrumento de opresión.

Esto no era marxismo. Esto era una traición al proyecto revolucionario. Marx siempre supo que la revolución no era obra de un pequeño grupo, sino de la clase trabajadora en su conjunto. Cuando el partido revolucionario se convierte en un instrumento de opresión, deja de ser revolucionario. Se ha convertido en un símbolo de la contrarrevolución.

### ▪ **La cultura de guerra y la lógica del terror**

La guerra había moldeado el régimen soviético inicial, pero Stalin institucionalizó esa mentalidad de tiempos de guerra. Centralización, secretismo y sospecha: estas eran virtudes. La lógica de la represión se convirtió en dogma. El Gran Terror

no fue un error. Fue el resultado natural de un régimen burocrático que consideraba cualquier atisbo de autonomía o desafección como traición. Los revolucionarios fueron ejecutados. Los viejos bolcheviques, hombres que habían vivido en 1917, fueron juzgados y condenados a muerte.

Esta fue la contrarrevolución en todo su esplendor. Usó la retórica de Lenin para destruir todo lo que él representaba. Era un régimen de nigromancia, que resucitaba el lenguaje muerto de Marx para legitimar un horror viviente. La represión no fue meramente una reacción a los peligros internos o externos; fue un componente del requisito inherente de la burocracia para mantener su monopolio de poder. El "terror revolucionario" era ahora un medio de consolidación burocrática en lugar de la defensa de la revolución.

#### ▪ **La burocracia como relación social**

El estalinismo no puede reducirse a la figura individual de Stalin; eso sería demasiado simplista. La burocracia fue más que un grupo de individuos corruptos; formó un sistema y una relación social. Fue una organización parasitaria que surgió de la derrota, la escasez y el miedo. Trotsky la llamó Thermidor, una contrarrevolución que emanaba del interior. Aunque la burocracia no poseía las fábricas, ejercía control sobre ellas. No ostentaban títulos de nobleza, pero actuaban como aristócratas. Sus intereses entraban en conflicto fundamentalmente con los de la clase trabajadora. Cada huelga, cada protesta y cada demanda de democracia planteaba un desafío a su hegemonía, y por lo tanto las suprimieron todas.

No podemos atribuir únicamente el surgimiento de la clase burocrática soviética a errores individuales. En cambio, simboliza un defecto sistémico, una perversión de los principios socialistas por parte de un grupo previamente marginado y oprimido. Los objetivos de la burocracia a menudo estaban en marcado contraste con los de la clase trabajadora.

Esta nueva clase no buscaba la disolución del Estado, sino la consolidación y extensión de su control sobre él.

### ▪ **El estalinismo traiciona la Revolución Mundial**

El stalinismo no fue meramente un fenómeno ruso. Destruyó revoluciones a nivel mundial. En España, la línea estalinista sofocó la revolución en aras de la unidad antifascista. El sectarismo ultraizquierdista de la Comintern stalinizada en Alemania allanó el camino para Hitler. La traición stalinista tuvo consecuencias desastrosas en China. La Comintern se utilizó como instrumento de la política exterior soviética. Los revolucionarios fueron ofrecidos en el altar de los arreglos diplomáticos. El marxismo se redujo a una doctrina geopolítica.

El stalinismo convirtió el marxismo en una herramienta para que el estado ascendiera al poder, enfatizando los intereses nacionales a expensas de la unidad internacional. Esto contrastaba con el tema general de la teoría revolucionaria de Marx, que declaraba que la libertad de los trabajadores no podía obtenerse por separado. El estado stalinista convirtió la revolución en una herramienta para ascender al poder en la política global a expensas de la lucha por los derechos de los trabajadores globales, en lugar del control burocrático.

### ▪ **La autodestrucción del partido**

Stalin no solo asesinó a sus oponentes. Devoró sus propias filas. Para 1939, casi todos los miembros originales del Comité Central de Lenin estaban muertos. Lo que quedaba no era un partido. Era un aparato. Era un sistema de obediencia y lealtad. El partido que una vez asaltó el Palacio de Invierno ahora existe únicamente para proteger el búnker de Stalin.

Engels predijo que el estado se atrofiaría. Bajo Stalin, se

extendió como una metástasis. Creció en total. El partido no era tanto una herramienta revolucionaria como un aparato de represión. Ya no funcionaba para los intereses de los trabajadores, sino para los intereses de la burocracia.

## **El partido leninista**

Antes de explorar los detalles de cómo la Cuarta Internacional desarrolló un enfoque político distinto, es esencial que los lectores comprendan la verdadera naturaleza del partido leninista. En esta breve nota, pretendo aclarar la esencia del partido leninista. El significativo trabajo de Paul Le Blanc, *Lenin y el partido revolucionario*, ha influido enormemente en mi comprensión de las características genuinas y democráticas inherentes al partido leninista.

El concepto de partido leninista es frecuentemente uno de los más malinterpretados en la teoría política contemporánea. A menudo se invoca para justificar el autoritarismo o se descarta como un vestigio de una era revolucionaria pasada; por lo tanto, se suele representar más a través de una caricatura que de un examen serio. El libro de Le Blanc, *Lenin y el partido revolucionario*, sirve como refutación a tales tergiversaciones al regresar a los escritos y prácticas originales de Lenin, y al contexto político de su tiempo. A través de una meticulosa investigación histórica y análisis marxista, Le Blanc recupera la verdadera esencia del leninismo: una organización militante, democrática y teóricamente informada, profundamente arraigada en la clase trabajadora.

El siguiente ensayo explora la verdadera naturaleza del partido leninista en línea con el análisis de Le Blanc. Incluye un examen de los orígenes del partido, su organización interna y su papel revolucionario, así como un enfoque en la relación dialéctica entre democracia, centralismo y la autoemancipación de la clase trabajadora, tal como la concibió Lenin.

## **I. Los orígenes marxistas del leninismo**

Paul Le Blanc inicia su análisis situando a Lenin en el contexto de la tradición marxista. El pensamiento de Lenin es menos una ruptura con Marx que una elaboración innovadora de las teorías marxistas de la lucha de clases, la autoemancipación del proletariado y la necesidad de la organización revolucionaria.

“Lenin insistió en que el factor subjetivo –el partido revolucionario– debía desarrollarse para aprovechar las oportunidades y desafíos objetivos que enfrentaba la clase trabajadora” (Le Blanc, p. 26).

Le Blanc esboza cómo la evolución de Lenin fue moldeada no solo por la ideología marxista, sino por el contexto de la autocracia rusa, que requería nuevas formas políticas de organización. El principio marxista clave –que la emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de la propia clase trabajadora– fue central en la postura de Lenin. Pero Le Blanc revela cómo Lenin extrajo de este principio la conclusión de que las organizaciones no eran meramente secundarias, sino necesarias.

Por lo tanto, el Partido Leninista es una forma organizativa de la conciencia proletaria guiada por la dialéctica marxista y no por dogmas elitistas o tácticas sustitutivas.

## **II. *¿Qué hacer?* y el papel de la conciencia revolucionaria**

Uno de los escritos políticos más conocidos de Lenin, *¿Qué hacer?* (1902), es utilizado rutinariamente como punto de partida tanto para la veneración como para la perplejidad. Le Blanc explica correctamente el contexto polémico e histórico de esta obra y establece que el llamado de Lenin a llevar la conciencia socialista al movimiento obrero “desde fuera” no fue una denigración de los propios trabajadores, sino un rechazo al economicismo –la idea de que los movimientos espontáneos por salarios más altos y mejores condiciones

necesariamente conducirían al socialismo revolucionario.

“Lenin respondía a las limitaciones de la espontaneidad –no porque los trabajadores fueran incapaces de desarrollar conciencia de clase, sino porque la sociedad capitalista los empuja constantemente hacia horizontes reformistas y sindicalistas” (Le Blanc, p. 40).

El partido revolucionario es necesario, ya que el capitalismo distorsiona la conciencia. Sirve como plataforma para que las secciones más desarrolladas de la clase trabajadora y los intelectuales revolucionarios se reúnan, eduquen y dirijan.

La organización política de Lenin fue diseñada como una “organización de combate”, compuesta por revolucionarios bien disciplinados, ideológicamente unidos y teóricamente preparados para participar en la lucha de clases. Sin embargo, como argumenta Le Blanc, este concepto no implica inherentemente autoritarismo:

“La principal preocupación de Lenin no era suprimir la iniciativa de base, sino asegurar la unidad y disciplina necesarias para una lucha política seria bajo la represión” (Le Blanc, p. 47).

### **III. La relación entre democracia y centralismo**

Central en el análisis de Le Blanc es la exploración del centralismo democrático, que él define no como una doctrina dogmática, sino como un proceso evolutivo de intercambio dialéctico. El centralismo democrático implica dos elementos esenciales: la participación democrática interna y la acción unificada.

En contraste con las posteriores distorsiones stalinistas, el modelo de partido de Lenin se caracterizaba por un debate, discusión y desacuerdo feroces, pero con una aplicación colectiva disciplinada de las decisiones. Le Blanc enfatiza que los bolcheviques nunca fueron monolíticos. Las facciones

eran la norma; el liderazgo era frecuentemente impugnado; e incluso Lenin podía ser desautorizado.

“El centralismo democrático era un principio dinámico que buscaba equilibrar la necesidad de unidad disciplinada con el derecho de los miembros a participar plenamente en la formulación de políticas” (Le Blanc, p. 78).

Le Blanc ilustra esto con el ejemplo de las Tesis de Abril (1917), donde las propuestas de Lenin para una revolución subsiguiente fueron ampliamente rechazadas por la mayoría de los bolcheviques. Solo después de un extenso debate el partido cambió su posición, demostrando así el compromiso de Lenin con la persuasión interna en lugar del dictado autoritario.

Además, el centralismo democrático asumía que el partido estaría compuesto por miembros políticamente conscientes y activamente participantes. El partido no era para miembros pasivos, sino para revolucionarios dedicados a la educación política continua, el debate y la toma de decisiones colectiva.

#### **IV. Bolchevización a través de la experiencia: 1903-1912**

Le Blanc dedica una atención seria a la primera década del movimiento bolchevique, 1903-1912. Rechaza la visión reduccionista de percibir a los bolcheviques como un partido leninista unificado en 1903. Más bien, los presenta como habiendo evolucionado a través de fuerzas históricas, debates teóricos y prácticas.

Tras la división del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) en 1903, los bolcheviques se distinguieron progresivamente de los mencheviques tanto política como organizativamente. Le Blanc describe a Lenin como involucrado en debates agrios no solo sobre las estructuras organizativas, sino también sobre la estrategia revolucionaria –por ejemplo, el papel del campesinado, la naturaleza de la revolución burguesa y el liderazgo del proletariado.

“El compromiso de Lenin con una orientación revolucionaria se convirtió en la línea divisoria decisiva entre el bolchevismo y el menchevismo” (Le Blanc, p. 96).

Este periodo también atestigua la flexibilidad de Lenin, hasta cierto punto. Se adaptó constantemente a las situaciones –formando alianzas a corto plazo, empleando canales legales y reorganizando el aparato del partido. Lo único que nunca cambió fue su visión estratégica: la necesidad de construir una vanguardia revolucionaria a partir del pueblo, preparada para la inminente agitación.

#### **V. 1905: Acción de masas y campo de pruebas revolucionario**

La Revolución de 1905 ofreció un crisol para el modelo de partido leninista. Fue durante este período que surgieron los soviets (consejos obreros), y el partido se vio obligado a involucrarse de lleno en los movimientos de masas.

Le Blanc explica cómo Lenin acogió estos modos de lucha improvisados como expresiones de creatividad proletaria, pero también enfatizó la necesidad de un liderazgo revolucionario para canalizarlos.

“Lejos de buscar sustituir el partido por la autoorganización de masas, Lenin abogó por la interpenetración de ambos –el partido debe sumergirse en los soviets, y los soviets deben ser guiados por una política consciente de clase” (Le Blanc, p. 106).

Esto también puso a prueba la aplicación práctica del centralismo democrático. Los miembros del partido en diversas regiones mostraron autonomía durante los casos de rebeliones y huelgas, a menudo expresando desacuerdo con la dirección central. Sin embargo, los bolcheviques mantuvieron la unidad a través de la reevaluación cooperativa y el debate político.

Así, los acontecimientos de 1905 legitimaron al partido leninista como un producto de su tiempo y como una fuerza

dinámica que impulsaba la acción colectiva –una estructura bien adaptada para aprender, proporcionar orientación y adaptarse a las circunstancias reales.

## **VI. 1912-1917: construyendo un partido revolucionario**

Para 1912, los bolcheviques eran un partido político separado, ya no una tendencia dentro del POSDR. Le Blanc insiste en que la causa no fue la arrogancia organizativa, sino el reconocimiento de la necesaria división política y estratégica entre bolchevismo y reformismo.

“Los bolcheviques se involucraron activamente en organizaciones legales, sindicatos y elecciones, utilizando todas las vías posibles para construir la conciencia política proletaria” (Le Blanc, p. 126).

Durante 1912-1917, Lenin se concentró en establecer la base de masas del partido, su prensa, la formación de cuadros y su arraigo en la experiencia de la clase trabajadora. Lejos de ser sectario, Le Blanc escribe:

Lenin insistió en la precisión teórica. El conocimiento del partido sobre el imperialismo, la guerra y la naturaleza del Estado capitalista se basaba en la practicidad más que en sutilezas teóricas; esta comprensión tuvo una influencia significativa en sus respuestas tanto a la Primera Guerra Mundial como a las revoluciones de 1917. Así, los bolcheviques comenzaron 1917 no solo como una organización clandestina, sino también como un movimiento revolucionario políticamente unido, organizativamente experimentado y socialmente basado.

## **VII. 1917: La vanguardia y las masas**

La Revolución Rusa de 1917 validó el modelo de partido leninista. Le Blanc analiza a fondo cómo los bolcheviques se posicionaron en la situación de doble poder después de febrero –abogando por la democracia soviética, impulsando una mayor radicalización y, finalmente, liderando la insurrección en

octubre. Rechaza el mito de que la revolución fue un golpe bolchevique. En cambio, el partido contaba con un amplio apoyo entre los Soviets y actuaba en respuesta a las demandas del pueblo de "paz, pan y tierra".

"Los bolcheviques lideraron porque se habían ganado la confianza de los obreros, soldados y campesinos a través de un compromiso político constante" (Le Blanc, p. 156).

La Revolución de Octubre no representó el triunfo de un aparato centralizado, sino la victoria de una organización en unidad dialéctica con la clase obrera: una confirmación de la estrategia que orientó toda la vida de Lenin.